Núm. 8.

DRAMA EN UN ACTO,

TITULADO:



EL AMOR CONSTANTE.

SU AUTOR

DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

REPRESENTADO POR LA COMPAÑÍA

DEL SEÑOR FRANCISCO RAMOS.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.

Año 1816.

Se hallará en la librería de Miguel Domingo, calle de Caballeros, número 48; asimismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 186 Saynetes por mayor y á la menuda.

DRAMA EN UN ACTO,

EL AMOR CONSTANTE.

ACTORES.

Eurídice.	*Céfalo.*	*Pluton.*
Orfeo.	*Cupido.*	*Alecto*
Aristeo.	*Caron.*	*Venus.*

ACTO ÚNICO.

El Teatro representa un trozo de jardin.

Al levantar el telon se descubre Eurídice sentada en un poyo de piedra, reclinado el rostro sobre su mano, y como dormida, y algunas Damas algo apartadas de ella, cantando el quarto siguiente.

Música. Los zéfiros blandos,
las fuentes risueñas,
arrullen á un tiempo
á Eurídice bella.

Al concluir el quarto sale Orfeo con la lira en la mano: ve dormida á Eurídice, se suspende, y las hace señas que callen.

Orf. Dormida está; callad, y no su dulce
reposo interrumpais con vuestros ecos,
ya que la ha permitido su tristeza
reconciliar algun instante el sueño:
despejad, que mi amor en este sitio
queda á guardársele.

Todas. Ya obedecemos.

Parten por la izquierda.

Orf. Qué hermosa está! sus ojos aun dormidos
qué hechizo tienen! ¡qué suave imperio
sobre quien la ama, como yo! La risa
del alba me parece que estoy viendo
en la boca de Eurídice. Sus labios
encendidos, ¡qué hermoso y grato juego
forman con la blancura de su rostro!
Su trage ayroso, al paso que modesto,
¡quánto realza su hermosura, y ¡quánto
el desórden que noto en su cabello,
me agrada mas, que el arte y compostura
con que le lleva su engreido sexô!
Nada hay en ella, nada, que no adule
mi gusto, mi eleccion y mis deseos.
Todo es encanto, todo es gracia, y todo
influye en mí venturas y contentos:
mas ¿qué mucho que hermosa me parezca,
si la amo mas que al resplandor de Febo?
La continua tristeza con que cubre
la tez hermosa de su rostro bello,
aquella agitacion con que respira,
aquel dolor que de continuo veo
en sus divinos y hechiceros ojos,
sin que alcance el orígen, la rindieron
sin duda al blando sueño: oh! ¡quién pudiera
sumergirla hoy en él, para que menos
sintiera! Ven, sonora y dulce lira,
que pulsada por esta mano un tiempo,
del Cáucaso las rocas animabas,

las fieras amansabas, y los vientos
suspendias; ven hoy, y por un rato
embárgale á mi bien el dulce aliento.
Toca cerca de Eurídice lo que se crea mas oportuno; y quando parezca conveniente, despierta como asombrada en ademan de huir por la izquierda. Orfeo dexa de tocar, y la detiene.
Eur. Traydor, aguarda, no me sigas.
Orf. ¿Dónde,
dónde, Eurídice, vas?
Eur. Dioses, Orfeo. *Como turbada.*
Orf. De quién huyes? ¿O qué traydor es ese
que á interrumpir se atreve tu sosiego?
Eur. Qué le diré! *aparte.*
Orf. No me lo ocultes, dilo,
dilo, que yo te juro por el ciego (de::-
y honesto ardor que en nuestros pechos ar-
Eur. Todo fue una ilusion, todo fue un sueño.
Orf. Repara bien que tu reserva::-
Eur. Apenas
acierto á resolver. *aparte.*
Orf. Es un veneno
mortal, que mis delicias acibara.
Esa melancolía que estoy viendo
dias ha en tu semblante, esa continua
agitacion, esos suspiros, esos
mal encubiertos ayes, dicen mucho
para que yo me desentienda de ellos.
Y así búscame amante, y no dudoso,
Eurídice: descúbreme tu pecho,
parte conmigo tu dolor, y espera
de una alma que te adora algun consuelo.
Dime, qué tienes? dudas por ventura
de mi amor y fineza?
Eur. No, mi Orfeo.
Orf. ¿Acaso descontenta con la suerte
que te ha cabido, envidias lucimiento,
ostentacion, riquezas? dilo, dilo,
verás que no hay en los profundos senos
de mar y tierra piedra, por preciosa,
metal por rico, ó perla, que en tu obsequio
mi amor no busque, y mi valor no trayga,
por ver tu rostro plácido y sereno.
Eur. Si poseí tu corazon amante,
qué tengo ya que desear? Contento
el mio con su suerte, no envidiara
del alto sólio el engañoso incienso,
si aprobáran los dioses esta dulce
union, este feliz enlace nuestro. (ban?
Orf. Pues qué::- dí::- por desgracia le reprue
Eur. Quando no le reprueben, á lo menos
aspiran á romperle.
Orf. Cómo::- acaba *Agitado.*
de darme de una vez todo el veneno.
Eur. Ay Orfeo! *Contristada.*
Orf. Qué tienes?
Eur. Este infausto,
este infeliz y repetido agüero::-
Orf. Qué agüero, dí, qué vaticina? acaba.
Eur. Que he de perderte.
Orf. Dioses! ¿qué siniestro *Con la mayor*
oráculo lo afirma? (*vehemencia.*
Eur. Ya no debe *Recobrándose.*
ocultarte mi amor el mal que temo.
Ha dias que saliendo con mis damas
en tu busca á ese valle, hallé á Aristeo,
Rey de esos campos, orgulloso y vano,
como insolente, intrépido y grosero:
llegóse á saludarme, y afectando
no conocerme entonces, con extremos,
con lisonjas, en fin, con artificios,
bastardos hijos de su vil proyecto,
triunfar de mí solicitó: no quise
contestar á su loco atrevimiento,
por no alargar la plática, y volvíle
la espalda con enojo. Este desprecio
avivó su deseo abominable,
y quiso::- ah! nada quiso, pues pidiendo
las alas á mi amor, burlé su idea
y huyendo triunfé de él y de su intento.
Desde aquel triste dia, no doy paso,
que la sombra del pérfido Aristeo
no me siga: no miro á parte alguna
que no le vea, y vea en su despecho
mi infausto fin; y si me dexa acaso
entregar un instante al blando sueño
la inquietud con que vivo, un eco hor-
me vaticina el mismo fin funesto, (rible
sin que penetre qué deidad es esta
protectora del crímen mas horrendo,
que porque yo le huyo, así convierte
en amargos mis dias placenteros.
Orf. ¿Y ese es todo el oráculo que anuncia
el mal que temes?

Eur. Sí.
Orf. Desecha el miedo;
dexa, mi bien, ese temor, y calma
la inquietud con que vives. Te ama Orfeo,
está seguro de tu fe, y su brazo
solo contra la audacia de ese fiero
perturbador de toda mi ventura,
se arma desde hoy. Sí: morirá Aristeo
á mis manos; y aquella vengadora
deidad que guarda los nupciales lechos,
será en mi ayuda, contra el que ha intentado
manchar el mio con su torpe exceso.
Tú restituye, Eurídice querida,
la quietud á tu espíritu, á tu aspecto
la alegría, á tus ojos la viveza,
y al corazon de tu amoroso dueño
la delicia, que ha dias le robaste
con ese amargo inútil desconsuelo.
Eur. Ay! que mi corazon me pronostica
que he de perderte.
Orf. Es infundado el miedo,
pues quitando el orígen::-
Eur. Y si arriesgas
tu vida?
Orf. No haré tal, me sobra esfuerzo
para el triunfo á que aspiro.
Eur. Pues bien mio,
si quieres evitar este funesto
golpe, que el corazon me vaticina,
corre, traspasa el alevoso pecho
de ese vil seductor: mancha tu diestra
con su bárbara sangre, y lava á un tiempo
con ella el mio, y aun tu oprobio mismo.
En él te ceba qual leon hambriento
de la abrazada Libia: despedaza
rabioso, sí, sus desangrados miembros;
y arrancando despues su fementido
corazon, á mis ojos, á mis mesmos
ojos, le traerás aun palpitando,
para que el mio se deleyte en verlo.
Pague así su delito, y los pesares
que me cuesta su torpe atrevimiento;
mas todo sea sin que tú peligres:
guarda tu vida, que es la mia, Orfeo.
Orf. Si tú me alientas, quién ha de ofenderme?
Dexa, Eurídice, á cargo de mi esfuerzo
tu quietud y venganza; y entre tanto
que satisfechos tus rencores dexo,
por dulce premio de su digno triunfo
preven los brazos á tu amante y dueño.
Parte, llevándose la lira.
Eur. Tus pasos guien, y tu brazo rijan
los altos dioses del Olimpo excelso:
y tú, malvado jóven, inmediata
causa de la amargura en que me anego,
no esperes ya vivir tranquilo, el corto
término que te resta. El alimento
te sea amargo; y si la sed te ostiga,
huya el agua de un labio lisonjero.
Lúgubre canto de nocturnas aves
regalen tus oidos: solo espectros
horribles se presenten á tus ojos,
alterando tus gustos y sosiego.
Y si al sueño te entregas un instante,
ni aun un instante goces ese sueño
con gusto ni descanso, porque vivas
como yo vivo, y mueras como muero.
Ola.
Salen las damas. Qué mandas?
Eur. Todas, los venablos
tomad, y dadme el balleston que suelo
Parten las damas.
llevar á caza: á socorrer partamos
á mi esposo, no sea que el perverso,
contra una vida, que es mi propia vida,
arme su gente toda. No, volemos
Vuelven á salir con venablo, y un balleston y aljaba, que dan á Eurídice.
en su auxîlio: seguidme presurosas.
A las damas.
Y tú, temido Jove, juez supremo
de los mortales, si ese que en tu mano
se descubre, es el rayo justiciero,
baxe á abrasar al corazon impío,
y alumbre y vengue al inocente y bueno.

Parte por la derecha con sus damas. Toca la orquesta algunos compases de música estrepitosa hasta levantar el telon, que pasará á patética. Bosque ó selva corta con una boca de cueva en uno de los bastidores de la izquierda: por otro sale Aristeo exâminando la escena, agitado de una pasion violenta. Habla en

secreto á uno de los de su séquito que parte por la derecha, y terminada la música, dice con languidez.

Arist. Tampoco está, ni menos se descubre
en esa vega, donde en mas sereno,
en mas felice dia llegué á verla.
La llamo en vano, porque solo el eco
de mi voz, me devuelven esas peñas.
La busco en vano, porque solo encuentro
en mi memoria la hechicera imágen
del bien que he visto, y que idolatro ciego.
Eurídice cruel, si te ha ofendido
el saber que tus ojos me rindieron,
¿por qué empleas en mí tus dulces iras,
si solo son los delinqüentes ellos?
¿Por ventura es á alguno concedido
mirarte, y no rendirse á tu embeleso?
¿pues por qué en mí es delito castigado,
lo que es en otro compensado obsequio?
¿Será mi corazon menos sensible
á tus gracias? ¿tendrá menos derecho
á amar lo que es amable? No: pues dioses,
por qué desaprobais mis sentimientos?
por qué, decidme, no templais sus iras?
y por qué no ablandais su duro pecho?

Por la derecha Céfalo. Señor, aquí se acerca
con sus damas Eurídice.

Arist. Qué dices? puedo creerlo?

Céf. Yo la he visto, mas bella que la Aurora
precursora del dia.

Arist. Dime (ay Cielos!)
tan bella viene?

Céf. Por Diana ó Flora
la tuve al descubrirla en ese cerro.
Simple guirnalda de purpúreas rosas
orla su blanca frente y su cabello,
á discrecion del céfiro apacible,
en una parte vago, en otra preso,
porque el sol, si la ve, no se la robe,
recata al sol la nieve de su pecho.
Lleva del hombro un balleston pendiente
de bien templado y reluciente acero,
en la siniestra mano el veloz dardo,
dulce al matar, quanto al herir severo:
y con la diestra su purpúreo manto
ayrosamente viene recogiendo.

Arist. Calla, no me la pintes tan hermosa,
que harto la adora mi rendido pecho.

Céf. Ya llega.

Arist. Retiraos pues conmigo
hácia esta parte todos, y dexemos
que pase. Ah! quánto, Eurídice, me debes,
si hoy mi pasion y sus influxos venzo.

Retíranse á la derecha, y salen por la izquierda Eurídice y sus damas.

Eur. Venid, y pues no se halla en esa vega,
divididas el bosque exâminemos. *En acto de partir.*

Sale con los suyos Aristeo.

Arist. Oye, Eurídice. *Queriendo detenerla.*

Eur. Quién:: Pero qué miro? *Armando el balleston.*

Arist. Detente.

Eur. No otro paso des, grosero,
ó este veloz y penetrante dardo:: *Amenazándole.*

Arist. Qué haces? Aguarda.

Eur. Vuélvete al momento
con los tuyos, ó viven mis enojos,
que á tu pesar conozcas mi despecho.

Arist. Mas que el rigor del dardo, bella ingrata,
mis pasos tiene tu terrible ceño,
pues mal puede buscar en qué ofenderte
quien á obligarte aspira. Ya me quedo,
pues es tu gusto; pero en justo cambio
de mi dura obediencia y cruel respeto,
dexa que al menos mi dolor te diga,
y ya que muera, sabe de qué muero.

Eur. Hombre atrevido, temerario y loco,
hombre falaz, astuto y lisonjero,
hombre malvado, seductor é injusto,
hombre todo torpeza, y todo exceso;
¿sabes que tengo esposo, á quien adoro
con tan amante y con tan fiel extremo,
que por él despreciára noblemente
del mismo Jove el fino rendimiento?
¿Sabes que baxo de estos delicados
femeniles adornos que aborrezco,
late y respira un corazon altivo,
intratable y feroz, á quien los ecos
del tierno amor ofenden, y aun irritan
otras caricias que las de su dueño?
¿Sabes en fin, que te aborrezco tanto
desde aquel dia triste, y el primero
que á mi oido llegó tu torpe idea,
envuelta en la lisonja y el obsequio,

que si supiera que á tu falso halago,
podia dar lugar en algun tiempo
mi corazon, yo propia le arrancára
porque no cometiera tal exceso?
Pues qué pretendes? Dí, ¿para qué quieres
que escuche tus delirios, si el desprecio
ha de ser quien los premie?

Arist. Porque aspiro
á hacerte ver mis nobles sentimientos,
y que conozcas tu fiereza.

Eur. En vano
pretendes que te escuche, pues huyendo
yo de tí::- *En acto de huir por la izquierda.*

Arist. Seguiréte. *Queriendo seguirla.*

Eur. Pero ay triste!
Como sintiendo un vehemente dolor en un pie.

Dam. I. Un áspid es, que la ha picado fiero.
Mirando al suelo y retirándose amedrentada.

Eur. Dioses, ¿qué os hice yo que así irritados
me castigais?

Arist. Eurídice.

Eur. Yo muero:
el veneno mortal á toda priesa
se va ya derramando por mis miembros.
Yo me abraso::- deidades::- caro esposo::-
ven y recoge este postrer aliento
de tu Eurídice; corre, corre, y cierra
sus moribundos ojos.

Céf. ¡Qué funesto
accidente!

Dam. I. Qué lástima! Señora::-

Eur. Corred, buscad á mi querido Orfeo;
Con expresion.
decidle::- que::- la vista se entorpece;
Con languidez.
frio sudor mi cuerpo va cubriendo::-
los pies flaquean::-
Cayendo en los brazos de Aristeo y sus damas.

Arist. Ah infeliz belleza!

Eur. Las crudas parcas con adusto aspecto
Asombrada.
á mí se acercan: déxame, malvado,
Queriendo desprenderse de Aristeo.
no empañes hoy con tu infestado aliento
la fe jurada á mi adorado esposo.
No viene: dioses, dioses::- á lo menos::-
mirando la escena.
dadme el placer::- de que en sus brazos::-
muera.

Sale Orfeo con el estoque desnudo: ve á Eurídice en los brazos de Aristeo, y se dirige á él precipitadamente. Céfalo y los suyos corren á impedir la accion, y á un tiempo Aristeo los detiene á ellos, y Eurídice y sus damas á Orfeo.

Orf. Qué miro! Injusto.

Céf. Muera.

Arist. Deteneos.

Orf. Eurídice en tus brazos?

Arist. La ira calma,
que mas que amor es de piedad efecto:
herida por un áspid, en mis brazos
cayó mortal esta hermosura.

Orf. Cielo! *Cae traspasado de dolor.*

Eur. Orfeo, amado Orfeo.

Orf. Esposa.

Recobrada y con entereza; pero volviendo á su pasada situacion, con abatimiento.

Eur. Dexa
que despida el suspiro postrimero
en tus brazos::-
Apartándose de Aristeo, y dexándose caer en los brazos de Orfeo.

Orf. Qué dices? *Traspasado de dolor.*

Eur. Por instantes
se va á cumplir el mísero decreto
Espirando.
de los hados. Ya el alma romper quiere
la dura cárcel de mi triste cuerpo;
se cierra el pecho; se entorpece el labio;
la voz se anuda::- Orfeo::- amado Orfeo::-
Muere.

Orf. Eurídice.

Arist. Belleza desgraciada,
víctima del impío y duro ceño
de algun genio maligno, pues tú fuiste
de mi cariño fiel primer objeto,
¡el último serás á quien ofrezca
su corazon el mísero Aristeo!
Sí, Eurídice cruel, pues has robado
con tu trágico fin, todo consuelo

á mi dolor, las luces á mis ojos,
al alma mia su único contento,
y á mi amor la esperanza; desde ahora
renuncio los placeres y recreos;
renuncio para siempre el atractivo
de Cortes y Ciudades, el comercio
de los hombres, y en fin, hasta la vida
penosa que me aguarda. Solo quiero,
que en recompensa de mi fiel cariño,
no invoques contra mí del negro Averno
ó el Orco adusto las deidades fieras,
si tuve parte en tu fatal suceso.
Y tú, esposo infeliz, su muerte llora;
y si la amabas con tan fino extremo
como yo, imítame, vistiendo amante
tu tierno corazon de luto eterno.

Parte traspasado de dolor con Céfalo y los suyos.

Orf. Dices bien: lutos vista para siempre,
pues ya murió mi generoso dueño;
murió la que causaba mi alegría;
murió la que animaba mis deseos;
murió la que era mi delicia toda,
mi solo bien, y mi único consuelo.
Retirádla de aquí, pues he bañado
ya con mi llanto su cadáver yerto.

Parten por la derecha las damas llevándose á Eurídice. Música triste, en cuyo intervalo queda Orfeo como embargado de la misma pena, y con los últimos compases como dirigiendo á los Dioses sus quejas, dice lánguidamente.

Me quitasteis á Eurídice, y quitasteis
la luz al sol, y á mí el contentamiento.
Sois fieros, sois impíos, sois crueles

Como arrebatado de furor, siguiendo los compases de música fuerte.

opresores del justo: sí: ofenderos
no pudo; mas ¿á quién, á quién dirijo

Mas moderado, y concluyendo aquí la música.

mi sacrílega queja? el dolor fiero
trastornó mi razon estos instantes:
mi pena habló por mí: sí, sí, supremos
Dioses del alto Olimpo, vuestros juicios
venera siempre el desgraciado Orfeo.
Pero si el descender de vuestra estirpe,
si el ser hijo de Apolo, conmoveros
puede, compadeced mi triste estado,
y volvedme á mi Eurídice: doleos
de la amargura en que quedé abismado,
y si os es cara aun, ó de algun precio
para vosotros, esta triste vida,
conservadla propicios, devolviendo
viva mi esposa á mis amantes brazos.
Esto anegado en mi dolor os ruego.
Pero si sois tan inflexîbles todos,
que á mi pena negais este consuelo,
yo cumpliré el deber que amor me impone.
Sí, Eurídice querida; pues el ceño

Con entereza.

de los dioses se muestra hoy implacable
contra nosotros, al destino cedo.
En busca tuya voy: ya no me asusta
de la pálida muerte el triste aspecto;
Por ti vivia, sí; tú me dexaste,
en busca tuya volará tu Orfeo.

En acto de arrojarse sobre su estoque, el qual suspende al oir la voz de Cupido, que dice dentro de la cueva.

Dentro Cupido. Detente.

Orf. Dioses, quién mi ser defiende?
¿quién de vosotros con tan grande impulso, y me desarma (perio
calma el
el brazo?

Cup. Tu mismo amor.

Orf. Y dime, con qué intento?

Cup. Con el de hacerte venturoso.

Orf. ¿Cómo
faltándome mi esposa, puedo serlo?

Cup. Preven todo el valor, y ven conmigo.

Orf. Guiáme, que tus huellas voy siguiendo.

Entran en la cueva. Levántase el telon, y aparece el foro todo ocupado por un horroroso caos, cercado de peñascos, que se elevan hasta las mismas bambalinas. En su cima se dexa ver una boca, por donde se comunica á la escena la escasa y única luz que debe tener el teatro. De derecha á izquierda corre el rio Aqueronte. A su márgen en la derecha un peñasco: en el rio á la izquierda se des-

cubre Caron con su barca: en el mismo lado sobre un peñasco, del qual figura nacer el rio, se dexa ver el Can-Cervero, guardando la entrada al infierno, que será horrorosa, y por la qual deberán salir algunas llamas sucesivamente. Sobre ella, dando la perspectiva el punto de lontananza conveniente, otra portada espaciosa, por donde se descubren á lo lejos los campos Elíseos. Al alzar el telon, empieza una música, á veces estrepitosa, y á veces blanda, imitando las olas alteradas de Aqueronte, y el horroroso ladrido del Can-Cervero.

Car. Las fieras parcas duermen, y la adusta
muerte descansa, pues á nadie veo
en las riberas de Aqueronte hundoso.

Sale por la boca de la cima Orfeo, conducido por Cupido.

Orf. Fuerte Dios, ¿qué horroroso sitio es este
á que me has conducido, en que un deste-
de clara luz siquiera se distingue? (llo
¿es por ventura el pavoroso reyno
del espanto?

Cup. Sí: sigue aquesta senda
sin temor, pues yo soy quien te defiendo:
con el favor de tu acordada lira,
dos imposibles vencerás, primero
que veas á Pluton: ruégale humilde
que á Eurídice te vuelva, y sus preceptos
no quebrantes, si acaso te lo otorga,
pues pende en ello tu ventura, Orfeo.

Parte.

Orf. Espera, espera, y guia tú mis pasos;
mas ay de mí! ya trasformado en viento,
de mí se aleja: yo ni dar un paso
puedo, por mas que á mi valor apelo.
Todo es lóbrego, todo es espantoso.
Peñascos solo piso; llamas veo, *Baxan-*
á cuya luz, un caudaloso rio (*do*
de negras aguas, á este lado advierto.
¡Qué espantosos ladridos! dioses, dioses,
dadme vuestro favor; todo el cabello
se me eriza, y en cada planta mia
me parece que todo un monte llevo.
Allí, si no me engaño, un hombre he visto
con una lancha; ¿si será el primero
de los dos imposibles, que mi lira
ha de vencer? A su armonía apelo.

Se sienta en el peñasco de la ribera: y empieza á tocar la lira, y Caron suspendido, viene poco á poco hácia él en la lancha: llega al concluir la música, y dice.

Car. Hombre, ó deidad, pues que si fueras
hombre,
no tuvieras el loco atrevimiento
de llegar á este sitio, dí, ¿quién eres,
que al suave pulsar de ese instrumento,
las aguas de Aqueronte has suspendido,
y á mí me atraes con tan dulce imperio
á sus hórridas márgenes?

Orf. Del sacro
Apolo, un hijo soy.

Car. ¿Y con qué intento
llegar osaste al Orco pavoroso,
si de la vida gozas?

Orf. Al severo
Pluton, deseo hablar.

Car. Inaccesible
es á todo mortal de aquestos reynos
la entrada, mas de suerte han ablandado
mi inflexîble carácter esos ecos,
que á la otra márgen de este rio hundoso
quiero llevarte.

Orf. Yo el favor acepto.

Car. Entra en mi barca, y á pulsar empieza
esa lira otra vez.

Orf. Servirte quiero.

Salta en la barca, empieza á tocar la lira, y con la música camina hácia la izquierda: al llegar á la márgen, hace que ata Caron la lancha, salta al peñasco en que está el Can-Cervero, y dando la mano á Orfeo, salta tambien.

Car. Esa es la puerta de la triste estancia
de Pluton: guárdala ese Can-Cervero,
monstruo de tres cabezas, que es quien de-
impedirte la entrada; yo no puedo (be
hacer ya mas por ti, que lo que hice.

Orf. Si de esta lira los sonoros ecos
no le vencen, despues el valor mio
paso abrirá para el funesto Averno.

Vuelve á tocar, y el Can-Cervero se adormece.

Car. Calla, que ya se mira adormecido;

la ocasion aprovecha, tus deseos
se cumplan hoy.

Orf. Si haré.

Al ir á entrar por la boca inferior, se presenta Pluton, con el posible séquito de furias.

Plut. ¿Pues quién altera
la habitacion del llanto y desconsuelo,
el reyno del dolor y la tristeza,
con dulces y acordados instrumentos?
¿Quién es quien interrumpe los sollozos,
los ayes y gemidos lastimeros,
que adulan mis oidos, con alegres,
y en este sitio desusados ecos?

Orf. Orfeo, hijo de Apolo.

Plut. Y qué pretendes?

Orf. Que atiendas mi dolor, y oygas mi ruego.
Artropos, inflexîble executora
de los tristes y míseros decretos
de los hados, á Eurídice mi esposa,
hoy me robó con inhumano ceño.
Su guadaña feroz en sus verdores
de su vida cortó el pimpollo tierno,
dexando al dia sin su luz hermosa,
y á mí sin alma, dicha, ni contento.
Si en tus reynos está, si deidad eres,
en tu piedad lo muestra; de mi acerbo
dolor te duele, y vuélveme á mi esposa.

Plut. La vez primera es esta, que los ruegos
de un mortal me han vencido. Alecto, parte,
á Orfeo guia á los Elíseos luego:
saca de ellos á Eurídice, y unidos,
vuelvan á ver la clara luz de Febo.
Sola una condicion he de imponerte.
A Orfeo.

Orf. Quál es?

Plut. Que hasta salir de estos funestos
dominios, no has de ver su hermoso rostro.

Orf. Está bien.

Plut. Partid pues.

Orf. Guia ya, Alecto.
Entran por la boca superior.

Plut. Qué haces? por qué tu puesto abandonaste? *A Caron.*

Car. Atraido por esos dulces ecos::–
Con sumision.

Plut. Te disculpo, que á mí desde mi trono
tambien á esta ribera me traxeron,
con gustosa violencia. Sin embargo,
que no quebrantes otra vez, te advierto,
las justas leyes que te tengo impuestas,
si deseas mi gracia.

Car. Así lo ofrezco.

Plut. No es á mortal alguno concedido
penetrar las mansiones del Averno,
sin órden mia; y quien profane osado
estos umbrales que guardó el Cervero,
será rígidamente castigado,
y de este cargo, tú, Caron, depuesto.
Caminando á la puerta inferior.
Aquí esperad, y hasta que Orfeo salga
de esta mansion, que los sigais ordeno.
A las Furias que quieren seguirle.

Entra por ella, y por la superior salen Orfeo, y Eurídice con una túnica blanca, y conducida por Alecto. Caron desata la barca.

Alect. Eurídice, esta gracia, no otorgada
á otro mortal, al tierno amor de Orfeo
la debes, y al encanto de su lira.
Vuelve á la tierra pues. Ahí te la entrego, *A Orfeo.*
cumpliendo el órden que Pluton me ha dado,
pues ya ha bebido el agua del Letéo.

Car. La barca está ya pronta; entrad en ella,
y vosotras tambien.

Van saltando en la barca Eurídice, Orfeo y las Furias.

Orf. Dioses supremos,
¿quién mas que yo dichoso, pues consigo
volver á ver entre mis brazos tiernos
á mi Eurídice amada? *Caminando la barca.*

Eur. Ah Orfeo! ¡quánto
á tu lealtad y tu fineza debo!

Orf. Quán hermosa saldrá de los Elíseos!
¡y quán duro á mi amor se hace el precepto
de no verla!

Car. A la márgen arribamos:
salta tú.

Orf. Ya mi bien llegó al extremo.

Salta á la ribera, alarga la mano á Eurídice, y al ir ésta á salir, Orfeo se vuelve á mirarla casualmente, la arrebatan las Furias, y vuelve á caminar la barca con ellas hasta la otra orilla.

Eur. Ay de mí!

Orf. Qué haces?

Alect. Cumplo el inviolable
precepto de Pluton; tú le quebrantas,
y tu ventura has malogrado, Orfeo.

Orf. Oh, pese á mi descuido!

Eur. A Dios, esposo.

Orf. Caron, Caron.

Car. Servirte ya no puedo.

Orf. Desventurado!

Cayendo trastornado sobre el peñasco por un instante: la barca arriba á la otra orilla, y camina Eurídice conducida por las Furias hasta la boca superior.

Eur. Esposo, para siempre
me perdiste, y tu amor causó tu yerro.

Orf. Eurídice! A mi vista huyó, dexando
sin alma ya mi miserable cuerpo.
Oh tú, piadoso protector de un triste
amor potente, dónde estás?

En la cima de las peñas Cupido.

Cup. Orfeo.

Orf. Su voz oí: tu amparo solicito.

Cup. Ya mi poder es de ningun provecho:
de Pluton el precepto has quebrantado,
sus iras excitastes, y es severo.

Orf. Infelice de mí! ya ni aun me resta
una corta esperanza por consuelo?

Cup. Sígueme, y el favor de Citeréa,
mi madre, invocarás, que es el postrero
asilo que te queda.

Asiéndole de la mano, y subiendo á la cima.

Orf. ¿Podrá acaso
ablandar de Pluton el justo ceño?

Cup. Sí, ven conmigo.

Orf. Ya sigo tus pasos.

Cup. Su nombre invoca pues.

Orf. Honor, contento,
y gloria de ese celestial alcázar,
delicia de los dioses sempiternos;
madre de amor, de las espumas hija::-

A una seña de Cupido desaparece todo, se ilumina de improviso el Teatro, y le ocupa un espacioso jardin lo mas magnífico que se pueda, ocupando su centro una primorosa fuente con la estátua de Pluton. Déxase ver Venus acompañada de sus gracias, en acto de ir cogiendo flores: Orfeo á sus pies, y Cupido á su lado.

Ven. Ya oí tu voz: ¿qué quieres, fiel Orfeo?

Orf. Qué asombro, dioses!

Ven. Ya te escucha Venus:
qué es lo que quieres? habla.

Orf. Que el imperio
que tu hermosura goza sobre todos
los dioses del Olimpo y el Averno,
emplees en hacerme venturoso.

Ven. Cómo?

Orf. Sacando del Elíseo reyno
á mi esposa, y volviéndola á mis brazos,
que es la sola ventura que apetezco.

Ven. Tu constancia me obliga á protegerte.
Esa es la estátua de Pluton severo:
llega en mi nombre, nada te acobarde
su adusto, triste, y aun sañudo aspecto.

Orf. Cómo, si::-

Ven. Yo lo mando, no repliques.

Orf. Inflexîble Pluton, el mas supremo
de los dioses del Orco, Orfeo implora
tu piedad otra vez. Otra vez vuelvo
en nombre de Ericina á suplicarte,
que á Eurídice me vuelvas. Mas qué es esto?

La fuente se transforma en un dosel de murtas, baxo el que se ve sentada Eurídice: Orfeo la da la mano, y ambos vienen á postrarse á los pies de Venus.

Es delirio, deidades sempiternas?
Amada esposa!

Eur. Orfeo, amado Orfeo!

Orf. Ven á las plantas de esta excelsa diosa,
y á su piedad las gracias tributemos.

Ven. Alzad, fieles amantes, y pues todo
lo debeis al amor constante y tierno,
á compás de tu lira armoniosa
digan en su loor los ecos nuestros::-

Ellos y música. Venid, tiernos amantes,
venid á Idalia,
vereis cómo amor premia
la fe y constancia.

Cantándola unos, y otros representándola, se da con esta seguidilla fin al drama.

FIN.

COMEDIAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE MIGUEL DOMINGO, CALLE DE CABALLEROS NÚMERO 48, POR MAYOR Y Á LA MENUDA.

1 Las Minas de Polónia.
2 El Ayo de su Hijo.
3 Sueños hay que lecciones son y efectos de un desengaño.
4 La Toma de San Felipe por las armas Españolas.
5 Amor destroná Monarcas, y el Rey muerto por amor.
6 El Triunfo del amor, y la Amistad Jenwal y Faustina.
7 Los hijos de Edipo, tragedia, en 5 actos.
8 Fatme y Selíma, Melo-drama Trágico en dos actos.
9 Otélo ó el Moro de Venecia, tragedia, en 5 actos
10 Las Cárceles de Lamberg.
11 El Médico á palos.
12 Lo cierto por lo dudoso, y la muger firme.
13 El Pintor fingido.
14 El Delinqüente Honrado.
15 La Zorayda, tragedia en tres actos.
16 La Condesa de Castilla, tragedia, en 3 actos.
17 El Idomenéo, tragedia, en tres actos.

PIEZAS EN UN ACTO.

El Esplin.
Marco Antonio y Cleopatra.
Doña Inés de Castro.
El Negro Sensible.
La Andrómaca.
Poligêna.
Hércules y Neso Centauro.
La Raquél.
Las Hermanas generosas.
Armida y Reynaldo, dos partes.
La Señorita Displicente.
Las Tramas de Garulla.
La Familia Indigente.
Areo Rey de Armenia, ó la Elizene.
El Amor constante.
Hércules y Deyanira.

UNIPERSONALES.

Dido abandonada.
Don Anton el holgazan.
Don Líquido, ó el currutaco vistiéndose.
Doña Isabel de Segura, ó la casta amante de Teruel.
El Arnesto.
El Cómico de la legua.
El Curioso impertinente.
El Domingo, ó el Cochero.
El entretenido, ó la brevedad sin substancia.
El Famoso Rompegalas, ó el tiñoso.
El Jóven Pedro Guzman.
El Loco.
El Mercader aburrido.
El Poeta escribiendo un Monólogo.
Florinda.
Guzman el bueno.
Hanibal.
Idomenéo.
Pigmalion.